

**III CONGRESO NACIONAL DE INNOVACIÓN DOCENTE
EN CIENCIAS JURÍDICAS**

**Innovación y Calidad en la Docencia del Derecho
17-18 de septiembre de 2009
Facultad de Derecho (Universidad de Sevilla)**

Datos identificativos del comunicante:

Juan Manuel López Ulla
Profesor Titular de Derecho Constitucional
Universidad de Cádiz
juanmanuel.ulla@uca.es

Título de la comunicación: “Planificar la docencia para el aprendizaje”

Eje temático al que se adscribe la comunicación:
Nuevos métodos de enseñanza-aprendizaje

Palabras clave:
Docencia, método, enseñanza, aprendizaje.

Resumen:

Motivar a un estudiante no es tarea fácil. Cuando ese grado de excelencia en la docencia se alcanza, el estudiante consigue niveles de rendimiento inusualmente elevados. Para ello el buen conocimiento de la propia asignatura por parte del profesor es un requisito imprescindible. Nadie puede enseñar bien lo que no sabe. Siendo importante que el profesor aprenda a transmitir de la mejor forma sus conocimientos, adquirirlos para tener una visión de conjunto de la disciplina creo que debe ser la preocupación principal, especialmente en los primeros años. Es cierto que esos conocimientos inevitables para ser un buen profesor no siempre garantizan el éxito docente. Si así fuera, cualquier experto sería a la vez un educador excepcional, y no siempre es así. De ahí también la importancia que tiene aprender a enseñar. Que los alumnos puedan aprovechar de la mejor manera la preparación de su profesor es de lo que se trata en definitiva.

COMUNICACIÓN:

“Planificar la docencia para el aprendizaje”

Juan Manuel López Ulla
Universidad de Cádiz

Algunos profesores atraen a sus alumnos con buenas clases magistrales; otros lo hacen planteando problemas, proponiendo la resolución de casos concretos (reales o que bien pudieran darse); también los hay que prefieren generar debates en clase a partir de estimulantes trabajos de campo. Las técnicas son diversas pero no siempre el éxito depende del método empleado. Otros factores influyen igualmente de manera decisiva: desde luego la solidez científica del docente, su personalidad y cultura, los objetivos que se propone, pero también la preparación y predisposición al estudio de los alumnos. El método por sí solo no garantiza resultado alguno.

El estudio de Ken Bain, bajo el título *Lo que hacen los mejores profesores universitarios* (publicado por la Universidad de Valencia, 2006), no pretende descubrir el secreto de la buena docencia sino reflexionar o plantear caminos que pudieran conducir a ella. “La mejor docencia no puede encontrarse en reglas o prácticas concretas -subraya-, sino en las actitudes de los profesores, en su fe en la capacidad de logro de sus estudiantes, en su predisposición a tomar en serio a sus estudiantes y dejarlos que asuman el control sobre su propia educación, y en su compromiso en conseguir que todos los criterios y prácticas surjan de objetivos de aprendizaje básicos y del respeto y el acuerdo mutuo entre estudiantes y profesores” (pág. 92).

Las diferencias entre la realidad de la Universidad norteamericana -utilizada como campo de trabajo- y la española provoca que algunas de las afirmaciones que se realizan en este estudio tengan aquí difícil encaje. La mayor o menor madurez de los alumnos que acceden a la Universidad, su actitud en clase, el mayor o menor precio de su matrícula, la proporción entre profesor y número de alumnos, la preparación de los docentes, la estabilidad de sus contratos, los incentivos a la actividad docente, son sólo algunos de los elementos que en ocasiones difieren en un caso y en otro. Con todo, la mayor parte de las consideraciones que en este libro se realizan nos han parecido muy estimulantes y nos ha movido, más allá de las evidentes diferencias entre un sistema y otro, a comentarlas en forma de comunicación con los participantes en este Congreso.

Los alumnos planifican siempre su trabajo en torno al examen. Preparar el programa de la asignatura con el único propósito de responder correctamente a las preguntas que en ese ejercicio se hagan se convierte en el propósito principal del Curso. La cuestión está en cómo ese planteamiento ha de influir a la hora abordar la actividad docente.

Hablamos de estudiar una *carrera*, de *conseguir* la licenciatura, o más recientemente de *superar* el Grado. Obviamente cualquier estudio implica un esfuerzo no pequeño para alcanzar un resultado. El éxito depende del empeño del estudiante en superar las pruebas que finalmente avalarán su capacidad para poder ejercer una profesión. El premio sólo se recibe cuando se salvan todos los obstáculos, por lo que en todo sistema

de enseñanza-aprendizaje hay que partir de que para el estudiante “aprobar” el examen es el objetivo principal.

Evidentemente para el profesor también es importante que sus alumnos superen su asignatura. Pero su obligación principal es la de ayudar al estudiante en su formación. Generalmente lo uno llevará a lo otro, pues un estudiante bien preparado aprobará sin dificultad el examen. Pero planificar el trabajo no exactamente para que el alumno apruebe -que también- sino para que el alumno aprenda exigirá en gran medida alterar el enfoque de la actividad docente. Cuando cambia el objetivo quizá también hay que replantear el método para alcanzarlo.

Entendemos que el profesor debe ser un instrumento útil para la formación del alumno. Hoy el aprendizaje no depende, como antaño, exclusivamente de la transmisión oral. Desde aquel “Como decíamos ayer...” de Fray Luis de León en la Universidad de Salamanca, los tiempos han cambiado. Hoy en España -no sucede así en todos los países del mundo- cualquier estudiante puede acceder con facilidad a un libro, por lo que las horas del profesor en clase quizás pudieran aprovecharse de otra manera. ¿Podría el profesor dedicar ese tiempo a tratar de educar al alumno en su forma de pensar y de razonar en la materia de su especialidad? ¿Tiene sentido emplear esas horas presenciales en transmitir básicamente la misma información que el estudiante puede conseguir sin mucha dificultad en un manual que se adapte bien al programa? Si el tiempo es corto y el trabajo es mucho estaremos derrochando los recursos.

Todos conocemos buenos estudiantes que sin embargo no progresan intelectualmente tanto como creíamos. Personas de expedientes brillantes pero que durante la carrera únicamente se han entrenado para memorizar, no para comprender. En nuestra opinión son los menos, esto es, nuestra experiencia nos dice que la mayoría de los alumnos que sacan buenas notas manifiestan sus cualidades y capacidades en todos los terrenos. Pero sí es verdad que en los estudios de Derecho en España se suele potenciar más la memoria que la capacidad de razonar. En los exámenes orales o cuando preguntamos en clase “a uno de los buenos” es cuando este déficit suele quedar al descubierto. Que el alumno manifieste su interés por entender todo lo que estudia supone un paso importante en el proceso de aprendizaje.

Motivar a un estudiante no es tarea fácil. Cuando ese grado de excelencia en la docencia se alcanza el estudiante consigue niveles de rendimiento inusualmente elevados. Pero para ello el buen conocimiento de la propia asignatura por parte del profesor es un requisito imprescindible. Nadie puede enseñar bien lo que no sabe. Por ello, siendo importante que el profesor aprenda a transmitir de la mejor forma sus conocimientos, adquirirlos para tener una visión de conjunto de su disciplina creo que debe ser la preocupación principal, especialmente en los primeros años. Es cierto que esos conocimientos inevitables o imprescindibles para ser un buen profesor no siempre garantizan el éxito docente. Si así fuera, cualquier experto sería a la vez un educador excepcional, y no siempre es así. De ahí también la importancia que tiene aprender a enseñar. Que los alumnos puedan aprovechar de la mejor manera la preparación de su profesor es de lo que se trata en definitiva.

El profesor debe tomar conciencia de que al hablar lo hace para cada uno de los estudiantes que están presentes en el aula. La clase como receptor del mensaje no existe. Dentro del aula hay personas y todas ellas no conforman ningún cuerpo indivisible. Por

ello, quizás el “¿lo han entendido?” no debiera utilizarse pues en no pocas ocasiones provoca una gran soledad cuando el estudiante advierte que todos sus compañeros lo han hecho y él no; mucho menos cuando sabemos que a menudo por vergüenza, por miedo al ridículo o sencillamente por no señalarnos, lo más habitual es que escondamos nuestra ignorancia y asintamos con todos sin haber entendido nada. No debiéramos olvidarlo ni al preparar la lección ni al pronunciarla. Al aula el profesor no debe ir a demostrar todo lo que sabe sino a ayudar al alumno a comprender la realidad de la que esté tratando.

Es muy habitual que el profesor prepare durante horas sus clases, esmerándose en incluir los últimos artículos publicados o las últimas sentencias dictadas. Sin embargo no siempre luce ese trabajo. Con la conciencia tranquila por el deber cumplido pero con un lógico grado de frustración también, solemos responsabilizar a los alumnos por esa desidia o falta de interés, especialmente cuando cada una de las líneas de nuestro guión de clase ha sido fruto de un concienzudo estudio previo.

Preparar bien la lección es un requisito previo para dar una buena clase pero no es suficiente. Por muy bien que se haya hilvanado el argumento desde el punto de vista científico, por exactas que hayan sido las definiciones que hayamos empleado, no habremos conseguido nuestro objetivo si los alumnos salen del aula sin habernos comprendido. La educación debe estar centrada en el estudiante no en la disciplina o en el profesor. El cómo exponer el tema debiera preocupar tanto como el qué vamos a decir.

Cuando hablamos con los estudiantes nos confiesan sus dificultades a la hora de recordar la información pocos meses después de haber terminado el curso. Esto es muy frecuente en asignaturas secuenciales en las que, como si de un huracán se tratara, las vacaciones de verano suelen producir un efecto demoledor.

Los profesores entonces se quejan de que los alumnos por lo general no estudian lo suficiente. Ya de pequeños nos dijeron que los conocimientos prendidos “con alfileres” no aguantan demasiado en la memoria. Pero también es cierto que este barrido que provocan un par de meses en el banquillo no es exclusivo del estudiante perezoso, por lo que es bueno que nos preguntemos si podríamos implementar técnicas más efectivas en el proceso enseñanza-aprendizaje que permitan al alumno adquirir unas destrezas en la forma de pensar y de actuar que perduren más en el tiempo.

Está comprobado que las personas aprenden con mayor efectividad cuando intentan resolver sus propias preguntas, cuando se remangan el brazo para resolver sus propios problemas. Enseñar conceptos y principios en este contexto, esto es, planteando preguntas o casos concretos que hay que resolver podría coadyuvar a ese propósito.

Ken Bain trata de demostrar que las preguntas son cruciales, que desempeñan un papel esencial en el proceso de aprendizaje. Con ellas conseguimos captar la atención del estudiante: “La mente humana debe centrarse en primer lugar en el problema de cómo entender, aplicar, analizar, sintetizar o evaluar algo (...) y un profesor puede ayudar a estimular esa capacidad de centrarse. Enseñar es sobre todo ... atraer la atención y mantenerla. Esto no implica sólo cultivar de manera general el interés de los alumnos por la asignatura, sino captar y mantener su atención en cada una de las clases” (pág.

125). Comenzar la lección con una pregunta inquietante o con un problema que resulte atractivo despertará la curiosidad del auditorio.

Cuanto más preguntas nos hagamos mejor podremos indexar un pensamiento en la memoria, de esa manera nos resultará más fácil comprender y recordar. Es útil, pues, imaginar preguntas que ayuden a centrar la atención del estudiante en asuntos importantes, a clarificar conceptos o a prestar atención a supuestos que de otra manera podrían pasar desapercibidos. Podría parecer que esta forma de enseñar está sobre todo enfocada a los estudiantes menos avezados pero no es así. También resulta útil para aquellos que sacan las mejores notas. Aprobar un examen no garantiza siempre una comprensión adecuada de la materia, ni la capacidad de pensar o de razonar.

El objetivo es conseguir que el estudiante preste atención a la información que se le ofrece y para ello es crucial despertar su interés: aprendemos mejor cuando somos capaces de responder a una pregunta que realmente nos importa o cuando se nos encomienda la defensa de una postura que compartimos en el marco de un conflicto. Generar esa curiosidad es especialmente importante al inicio del curso por lo que merece la pena elegir con cuidado para ese periodo las lecturas o sentencias más motivadoras. La primera impresión aquí también es importante.

Si los alumnos estudian porque quieren sacar buenas notas no les irá mal. Pero aún les irá mejor cuando lo hagan porque tienen interés en saber. Se trata de una observación muy básica: los seres humanos somos esencialmente curiosos. Crear al efecto lo que podríamos llamar un entorno para el aprendizaje mediante trabajos (preguntas y tareas) que puedan provocar en el estudiante esa curiosidad, contribuirá sin duda a este propósito. Por ello quizá lo mejor no sea dedicar el primer día de clase a describir la losa que pende sobre ellos, a exponer el conjunto de requerimientos que tendrán que cumplir para superar el examen sino a plantear las expectativas del curso, el tipo de preguntas que la disciplina ayudará a los alumnos a responder.

A los estudiantes les motiva responder en clase a problemas auténticos o parecidos a los que resuelven en el foro los profesionales del área. Proponer semanalmente la solución de un caso cuidadosamente elegido para que despierte la curiosidad del estudiante puede además provocar la sensación de que todo el mundo está trabajando conjuntamente. Los resultados son buenos cuando eso se consigue.

Acertar en la pregunta o en el problema intrigante es el primer escalón a superar. El segundo elemento crucial son las orientaciones que el profesor debe ofrecer a sus alumnos para ayudarles a comprender el significado de la pregunta, para hacerles ver qué sendero es el que nos interesa que recorran. Recordemos que el Derecho es una ciencia que no se imparte en los estudios preuniversitarios; que la inmensa mayoría de los estudiantes nunca han leído una norma jurídica o una Sentencia. Enfrentar al alumno con estos nuevos textos, proporcionándoles antes el andamiaje que les permita extraer de ellos lo más importante probablemente allanará el camino evitándoles la lógica desorientación de la primera vez.

“Qué podemos hacer en el aula para ayudar a que los estudiantes puedan aprender mejor fuera de ella” es una pregunta mucho más rica que “qué daré hoy”. Subrayar la información o conceptos clave imprescindibles para que el estudiante pueda progresar en su proceso de comprensión sin duda será de suma utilidad. La falta o deficiente comprensión de conceptos fundamentales y la incapacidad que muchas veces tiene el alumno para distinguir lo principal de lo accesorio son algunas de las razones que a veces explican la escasa rentabilidad que los estudiantes sacan al tiempo que emplean en preparar la asignatura.

Tanto en una clase magistral como en una clase práctica es interesante que el estudiante no se limite a escuchar para luego recordar. Es bueno comprometerlos en alguna actividad intelectual animándoles, por ejemplo, a comparar, a analizar, a evaluar, a sintetizar algo. Generar dinámicas activas en ese sentido favorece y facilita el aprendizaje. Evidentemente al hacerlo el profesor habrá de renunciar a parte del tiempo del que dispone para pronunciar su discurso. Pero quizá contar a los alumnos todas y cada una de las cosas que habrán de saber no sea estrictamente necesario. El aprendizaje auténtico no sólo se logra acumulando información sino también desarrollando la capacidad de pensar. Ambas, junto con la experiencia, hacen madurar a la persona.

Señala Ken Bain: “Algunos profesores hablan del conocimiento como si fuera algo que ellos «reparten» o «transfieren» a los estudiantes, casi como si abrieran sus cabezas y lo vertiesen en su interior. Naturalmente, no sorprende que estos profesores se centren en la construcción de la explicación que a su parecer es más razonable, en lugar de en una que ayude y estimule a los estudiantes a construir sus propias explicaciones, a razonar, a extraer conclusiones, a actuar (...) (pág. 65). Lo que proponen algunos de los profesores encuestados por el autor del libro es que los estudiantes se conviertan en los protagonistas de su proceso de aprendizaje; que sean ellos los que obtengan la información, desarrollen su capacidad de comprenderla y aprendan a utilizarla. Se trata de uno de los puntos en los que apreciamos una mayor distancia entre la realidad norteamericana y la española, o al menos la española que nosotros conocemos. Aquí, por una parte, el alumno que con dieciocho o diecinueve años se matricula en Derecho no llega por lo general con esa capacidad tan desarrollada; y por otra, esperar que el estudiante acuda a clase con la lección preparada quizá sea un desiderátum no excesivamente realista, no sólo por falta de hábito por parte del estudiante sino también porque la acumulación de asignaturas en los actuales planes de estudios lo dificulta. En cualquier caso la propuesta es envidiable y digna de ser tomada en consideración.

Los profesores desarrollan un doble papel: ayudan a los estudiantes a aprender y evalúan los conocimientos adquiridos. A los estudiantes quizás les genere confianza que el profesor desde el principio lo advierta subrayando sobre todo el primero de sus roles.

Por lo que a la primera parte de su trabajo se refiere, lo ideal sería que el profesor pudiera, como decíamos al principio de esta comunicación, tener la capacidad de buscar y apreciar el valor individual de cada estudiante. Generar expectativas positivas y realistas puede ser una buena fórmula para estimular al alumno para que tome en serio su trabajo. A sabiendas de la dificultad, y más allá de la recompensa en forma de calificación numérica en la evaluación final, el estudiante debiera apreciar que las tareas que el profesor le encomienda le van a beneficiar personal e intelectualmente.

El miedo y la ansiedad reducen la capacidad de razonar. Es mejor desde el primer momento promover entre los estudiantes la curiosidad que la preocupación por obtener una buena nota. Crear la sensación de que el profesor necesita en alguna medida de la colaboración de sus estudiantes para dar la clase puede ser bueno. Para ello es necesario contactar con ellos siquiera visualmente. La atención aumenta si el estudiante advierte que el profesor se ha fijado en él, si siente que el profesor espera alguna señal de asentimiento o reprobación respecto de lo que está tratando. Disminuye por el contrario cuando el profesor habla sin esperar respuesta alguna. Cuando el alumno siente que su presencia pasa desapercibida, aumentan las posibilidades para la distracción. Aún cuando el bolígrafo siga recogiendo como si de una grabadora se tratará todo lo que el profesor va diciendo, el alumno en sus pensamientos habrá abandonado el aula. Probablemente si antes el profesor no hubiera desatendido al alumno, él no se hubiese marchado nunca. A sabiendas de que mantener la atención de un auditorio no es tarea fácil tras treinta minutos de discurso, el profesor debe urdir alguna estrategia para evitar en la medida de las posibilidades esta fuga de mentes.

La puesta en escena influye en la recepción del mensaje. La manera de actuar del docente, sus habilidades técnicas e incluso físicas tienen cierta incidencia en el aprendizaje. Nunca cubrirán los boquetes de una docencia que presente debilidades fundamentales pero pueden ayudar a que el estudiante aprenda mejor.

Una buena oratoria sin duda influye en este sentido. Sin temor a equivocarnos podemos afirmar que lo primero que los alumnos perciben de un profesor es su aspecto físico y su forma de hablar. Por lo que a esto segundo se refiere, el tono, la precisión en la utilización de las palabras -que no siempre está reñido con la claridad-, la velocidad del discurso o el ritmo, son destrezas que vale la pena cuidar. Si lo hacemos al escribir debiéramos también intentarlo al hablar. Al igual que es un placer disfrutar de una buena conversación, sin lugar a dudas los profesores que consiguen deleitar a sus alumnos con sus charlas estimulantes y con la claridad de sus explicaciones son los que mejores resultados obtienen.

Tener claro lo que se quiere transmitir es la condición *sine qua nom*. A partir de aquí son diversos los factores que pueden influir: la riqueza de vocabulario, el lenguaje corporal, la capacidad del profesor para lograr que sus alumnos se sientan interpelados, ya sea preguntándoles directamente o bien barriendo despacio el aula con la vista. Esto segundo, como decíamos antes, es importante porque de manera inconsciente los profesores tienden muchas veces a mirar siempre para el mismo lado, o se fijan en las mismas personas. Dirigir nuestra atención a los alumnos que ocupan tanto las primeras filas como las últimas, a los del centro como a los de las esquinas requiere de un especial esfuerzo que casi siempre merece la pena. También, si el número lo permite, llamar a los alumnos por sus nombres. Cuando sucede por primera vez somos capaces de percibir el asombro del alumno, que hasta entonces se creía bien seguro tras el muro del anonimato. Pero cuando el profesor emplea en sus preguntas un tono amable, no amenazante, cuando valora de manera comprensiva la respuesta, con independencia de que se haya errado en la solución, casi siempre, y aún cuando comporte un esfuerzo, al alumno le genera una cierta satisfacción.

Como decíamos al inicio, con esta comunicación no hemos tenido otra intención que comentar algunas de las ideas que ofrece este interesante libro. Muchas de ellas en el fondo las conocemos pero leerlas representa una especie de aldabonazo. La idea latente

en todas sus páginas es que dar clase no consiste sólo en contar algo. Si el conocimiento que el profesor trata de transmitir no llega al receptor, no habrá aprendizaje y si eso es así, si falla la conexión con los alumnos, tampoco se habrá enseñado nada. La enseñanza sólo tiene lugar cuando hay aprendizaje. Tratar de encontrar el método y las condiciones es una tarea complicada pero la recompensa bien merece el esfuerzo.

Juan Manuel López Ulla
Cádiz, julio de 2009